

El testimonio ficcional como medio de crítica sobre el activismo radical estudiantil en Sinaloa en los cuentos “Poesía con militante” y “El cadáver respira” de *Cuentos para militantes conversos* del autor Élmer Mendoza

Fictional testimony as a means of critique of radical student activism in Sinaloa in the stories “Poesía con militante” and “El cadáver respira” from *Cuentos para militantes conversos* by Élmer Mendoza

Erick Zapién García

Universidad Pedagógica Nacional, México

e.zapien@upnqueretaro.edu.mx

ORCID: <https://orcid.org/0009-0003-8636-8278>

Recibido: 30-08-2025 Aceptado:

31-12-2025

<https://doi.org.10.32870/pactum.vVi9.74>

Resumen

Durante la década de 1970, la Universidad Autónoma de Sinaloa atravesó conflictos internos debido a la designación arbitraria de un rector. Tal situación movilizó distintos grupos de estudiantes cuyas ideologías de izquierda procuraban generar un cambio en la institución. De entre estos grupos, destacó la Federación de Estudiantes de la Universidad de Sinaloa, de la cual se desprendió un segmento autodenominado como los *enfermos*, quien decidió hacer a un lado el discurso y optó por el activismo clandestino y radical para después integrarse a la Liga Comunista 23 de Septiembre. Como respuesta, el Estado desarrolló mecanismos de contrainsurgencia que surtieron efecto en el segundo lustro de la década. Años más tarde, Élmer Mendoza publicó en 1987 *Cuentos para militantes conversos*. Este artículo tiene el propósito de exponer de qué manera se emplea la técnica narrativa del testimonio en estas ficciones para criticar tanto el actuar de la disidencia, como las acciones violentas de contrainsurgencia por parte del Estado. De igual manera, se expone el sentido que tiene la irrupción de

versos en las narraciones. De esta manera, se reflexiona sobre la relación que existe entre el contexto referido y la técnica narrativa empleada en estos cuentos.

Palabras clave: guerrilla en México, literatura sinaloense, guerra sucia en México, Élmer Mendoza, movimiento estudiantil

Abstract

At the beginning of the 1970s, the Autonomous University of went through internal conflicts due to the arbitrary designation of a President for the university. That situation started an intense movement from different left-wings of students whose ideologies looked for a change into the institution. The *Federación de Estudiantes de la Universidad de Sinaloa* stood out among these groups, and from its members merged a small wing self-named *enfermos*. The also called *enfermedad* determined to set aside the speech and went for radical underground activism and then they became part of the Liga Comunista 23 de Septiembre. In the meantime, Mexican government put into practice procedures to break up these subversive groups. Within this context, Élmer Mendoza published in 1987 *Cuentos para militantes conversos*. The purpose of this article is to show how the testimonial narrative technique employed in these short stories criticizes both the actions of dissidents and the violent counterinsurgency actions of the State. It will also discuss the meaning of the emergence of verses in the paragraphs along the narrations. This serves as a reflection on the relationship between the context in question and the narrative technique employed in these stories.

Key words: mexican guerrilla, sinaloan literature, mexican dirty war, Élmer Mendoza, mexican student activism

Introducción

El libro *Cuentos para militantes conversos*, publicado en 1987 bajo el sello editorial de la Universidad Autónoma de Sinaloa (UAS), es el tercer libro del escritor sinaloense Élmer Mendoza. El eje temático de esta obra es muy claro: la movilización radical y clandestina por parte de organizaciones como los *enfermos* y la Liga Comunista 23 de Septiembre (LC23S) que se vivió durante la década de 1970, particularmente en Sinaloa. En algunos de estos cuentos se muestra el

debilitamiento de la disidencia debido a múltiples razones, como lo fueron la falta de claridad y compromiso de sus miembros con respecto de los ideales originales de dicho movimiento, así como la traición y conversión hacia el bando de la contrainsurgencia que operaba el Estado.

La hipótesis que se plantea en este trabajo es que, en algunos de los cuentos de este libro, los rasgos principales de la técnica narrativa —como los son el uso de un narrador testigo, los desplazamientos temporales y espaciales, así como la irrupción de versos durante los relatos— se establecen para representar una postura pesimista en la que existe una crítica sobre el proceder del movimiento radical estudiantil y la insurgencia en Sinaloa. Para ello, se mantiene una cierta distancia ideológica y, por tanto, ética, que permite conocer a los militantes de estos movimientos subversivos a partir de su actuar dentro de su organización, con el fin de comprender cómo fue que sus acciones y las acciones por parte del Estado debilitaron su organización. El objetivo de este trabajo es mostrar la manera en que este contexto histórico trastoca la obra literaria, no sólo en el plano temático de los cuentos, sino también como elemento formal del mismo en el que el testimonio ficcional intenta convertirse en un discurso que incida en el lector con respecto a la disidencia en algún momento de su actuar político.

Como punto de partida, habrá que recordar la postura de Fernández Retamar (1995, pp. 75-131) en tanto a que gran parte de la especificidad de la literatura hispanoamericana obedece a la relación intrínseca que ésta mantiene con la historia de la región. Por lo anterior, es necesario indagar las relaciones entre el trasunto histórico y la técnica empleada en la obra literaria, más allá de mostrar las obviedades temáticas y pensar de qué manera, en palabras de Antonio Cândido (2007, p. 26), lo externo (el trasunto histórico) dialoga con lo interno (la técnica, la estructura del texto).

Es sí como resulta prudente ofrecer una presentación del contexto de producción de *Cuentos para militantes conversos* (1987), al mismo tiempo de presentar la obra literaria y lo que se conoce sobre su recepción en la prensa de carácter cultural en nuestro país. Posterior a ello, es necesario conocer brevemente el contexto al que refieren estas ficciones, para continuar con un breve análisis de dos los cuentos que componen esta obra literaria: “Poesía con militante” (pp. 9-12) y “El cadáver respira” (pp. 77-82). Con el fin de lograr lo anterior, se empleará el concepto narratológico “punto de vista” de Luz Aurora Pimentel (1998), el cual se refiere a la postura que muestran los personajes frente al mundo narrado, organizándose en distintos planos; espaciotemporal, cognitivo, afectivo, perceptual ideológico, ético y estilístico (pp. 96-97). Asimismo, se reflexionará sobre la enunciación en la ficción y la forma narrativa testimonial a partir de las propuestas de Beatriz Sarlo (2006) y Doris Sommer (2002).

Sobre Cuentos para militantes conversos

En 1983, Élmer Mendoza se presentó como miembro del Grupo de Escritores Latinoamericanos en la Casa de la Cultura Enrique Ramírez y Ramírez junto a otros autores, como Edgar Gavaldón, Dagoberto Páramo, Carlos Barriga y Vicente Torres. En una mesa redonda titulada *¿Qué puede aportar un grupo de escritores latinoamericanos a la literatura de México?*, el autor sinaloense mencionó la intención del grupo de impulsar lo que ellos llamaron ‘integralismo’, lo cual era un método de literatura que trataba “de mezclar en forma coherente la narrativa con la poesía” (“Cinco escritores crean nueva revista literaria”, 1983, p. 19), para así lograr ser escritores ‘integrales’ y poder escribir “con base en estructuras modulares; es decir, textos que sean como módulos. Ir alternando un texto narrativo con uno *poético*. *Rellenar los espacios* [énfasis en el original] en blanco con poesía. Nunca tener espacios en la obra” (p. 19). De esta manera, el autor explicó la concatenación genérica que presentaría en el libro en cuestión. La intención de esta agrupación era lograr de ella un movimiento literario y lanzar una revista que se administre a manera de cooperativa y que lleve como título *Integralismo*,¹ pretensión que no se vio materializada.

Tal como señala Sergio Arturo Sánchez Parra, a la llegada de Marco César García Salcido como rector de la universidad en 1972, luego de que el movimiento estudiantil derrocará a Armienta Calderón —rector impuesto por las autoridades estatales—, la editorial universitaria no sólo se encargó de facilitar a los estudiantes los materiales didácticos necesarios para sus actividades académicas, sino que también dio un giro ideológico debido al incremento de funcionarios universitarios que simpatizaban con la izquierda o que, incluso, eran militantes (2012, pp. 280-284). Así, desde mediados de la década de 1970 se comenzaron a publicar y a distribuirse entre los estudiantes y al público en general contenidos con tendencias de izquierda en la editorial universitaria (pp. 286-284). De esta manera, en 1987, bajo el rectorado de Audómar Ahumada en la UAS —quien fuera militante del PCM hasta 1981 y del Partido Socialista Unificado de México hasta 1989—, se publicó el tercer libro de Élmer Mendoza, *Cuentos para militantes conversos*, en cuya página de derechos se advierte lo siguiente: “Edición con fines académicos, no lucrativos” (1987, p. 4).

Alicia Zendejas, escritora, crítica literaria y fundadora del premio Xavier Villaurrutia, publicó la breve reseña “Gran manejo de Elmer” (1987), en *La cultura al día*, donde menciona que

¹ No hay que confundir con la corriente ideológica nacionalista brasileña de la primera mitad del siglo XX a la cual se le identifica como integralismo. A la defensa del autoritarismo, esta ideología se oponía a los cambios de paradigmas políticos que permearon en el ámbito cultural y literario para transmitir tales ideales (Grecco, 2018, pp. 253-282).

Elmer Mendoza [...] tiene una captación precisa de la atmósfera popular, gran manejo del lenguaje coloquial y de la imagen novedosa y poética. Sentimos que le falta algo en su narración; ¿ritmo? Como si no se decidiera entre el poema y el cuento, pues si bien conocemos las estrechas relaciones que actualmente guardan los géneros literarios, hace falta que estos cuentos tengan estructura y que la acción vaya de menos a más. [...] Opinamos que este autor debe seguir trabajando sus cuentos. Sería una lástima que un narrador con el talento que demuestra en este libro se quedará sólo en chispazos de novedosas metáforas. También que debe cuidar la jerarquía de sus personajes, porque si en efecto, ya no hay aristocracia entre individuos, sigue existiendo en la literatura. Es aconsejable que practique el desarrollo de una sola acción hacia todas sus consecuencias, pues a menudo se pierde en el camino o se entretiene exageradamente en una escena menor, olvidando la línea inicial de acción (p. 2).

Con gran acierto, Zendejas destacó el uso del lenguaje coloquial, mismo que a la postre se convertiría en un sello distintivo del estilo literario del autor sinaloense en su producción como novelista. De igual manera, señaló el acierto al vincular la narración y el verso. Sin embargo, a pesar de destacar “la imagen novedosa y poética” y las intrínsecas relaciones que existen entre la narrativa y la lírica, para la autora de esta reseña ese juego le resta cohesión a la estructura narrativa y va en detrimento de la acción de lo que ella considera que debe ser la acción principal de cada cuento.

Acerca de los personajes que habitan este libro de cuentos, Alicia Zendejas señaló que la aristocracia entre individuos todavía se ve reflejada en la literatura a pesar de que en la realidad ya no existe esta diferencia, la crítica orientó su señalamiento hacia la permanencia de los personajes tipo y estereotipos en la narrativa como forma de justificar mejor las motivaciones y acciones de estos. Sobre ello, como se verá más adelante, existe un interés por mostrar la complejidad de los personajes que transitan en un universo bastante turbio y confuso en el que su ideología revolucionaria ya se veía trasminada por distintos factores y circunstancias.

El título de este libro asoma la experimentación formal entre sus páginas, el juego fonológico de la palabra ‘conversos’, al separar las primeras tres letras del resto conforma una preposición junto a un sustantivo en plural dando como resultado ‘con versos’, anuncia la premisa temática y el componente experimental de los cuentos. A manera de epígrafe, la obra se presenta con unos versos del poema “Los heraldos negros”, del escritor peruano César Vallejo: “Hay golpes en la vida, tan fuertes... ¡Yo no sé! // Golpes como del odio de Dios” (como se citó en Mendoza, 1987, p. 4). No hay que pasar por alto que los paratextos proponen claves de lectura que indican al lector los posibles caminos a seguir en los procesos interpretativos. En este caso, lo anterior no sólo infiere que el lector se enfrentará, tal como se interpreta el poema, a la imposibilidad de comprender y expresar las condiciones trágicas de dolor y muerte inherentes a la existencia de las personas, condiciones que, a su vez, siempre requerirán de un cuestionamiento constante, en este caso por parte de los personajes y narradores que actúan en

esta obra; también advierte al lector que tendrá frente a sí una suerte tecnificación narrativa, en palabras de Ángel Rama (2008, pp. 321-392), que procure intensificar el efecto de sentido deseado sobre el trasunto histórico representado para así poder ocultar ciertas posturas que el autor mantiene sobre una segunda etapa o estado de la insurgencia que inició a mediados de la década de 1970 en México y, en particular, en Sinaloa.

Activismo estudiantil y guerrilla en Sinaloa durante la década de 1970

El contexto histórico en el cual se enmarcan estos cuentos ha sido estudiado de manera muy precisa y puntual por Sánchez Parra, quien sostiene en *Estudiantes en Armas. Una historia política y cultural del movimiento estudiantil de los Enfermos (1972-1978)* (2012) que a principios de la década de 1970 la UAS atravesaba por conflictos internos, entre otros asuntos, debido a la designación arbitraria de un rector que poco o nada tenía que ver con esta universidad. Lo anterior detonó una intensa movilización por parte de los distintos grupos de estudiantes, algunos liderados por ellos mismos, otros por profesores o personas externas a la universidad, cuyas ideologías de izquierda procuraban generar un cambio en la institución. De entre estos grupos, destacó la Federación de Estudiantes de la Universidad de Sinaloa (FEUS), de la cual se desprendió un segmento que se autodenominó como los *enfermos*. Dicho grupo decidió hacer a un lado el discurso y optó por el activismo clandestino y radical a partir de 1972.

Sánchez Parra (2012) rescata algunas notas periodísticas en las que las autoridades universitarias y estatales expresaban que los activistas, estudiantes y profesores, eran agentes del comunismo internacional (p. 147). Tanto el gobierno estatal como la rectoría justificaban su actuar represivo contra los jóvenes utilizando los medios de comunicación a su favor. Las autoridades insistían en que intereses extranjeros influían a los universitarios para convertirlos en disidentes y anticipaban el fracaso de estos movimientos:

El rector de la Universidad Autónoma de Sinaloa denunció ayer aquí la evidente conjura contra México desde las universidades o instituciones de enseñanza superior. Sin embargo, el licenciado Gonzalo Armienta Calderón señaló que tal movimiento no tiene ninguna perspectiva de triunfo, porque las minorías que las promueven chocan abiertamente con nuestra tradición histórica y cultural, y con la idiosincrasia misma del pueblo mexicano. Denunció además la «agitación extramuros», incluso insinuó la presencia de ideólogos extranjeros sustentantes de doctrinas extremistas. Contrario a opiniones como las del rector de la UNAM, Pablo González Casanova, no se lesiona en lo más mínimo cuando interviene la autoridad para establecer el orden y para aprender delincuentes (Como se citó en Sánchez Parra, 2012, p. 157).

La prensa se encargó de crear una representación que criminalizaba al movimiento estudiantil y propondría a los estudiantes como agitadores sociales, vulgares delincuentes de nota roja, drogadictos, viciosos, y como una juventud pervertida por los agentes del comunismo. Otro ejemplo que rescata el historiador sinaloense, y que vale la pena citar, es un artículo de Carlos Sodi Serret del periódico *Novedades* titulado “¿Travesuras de estudiantes?”:

No, los hechos son claros. No dejan lugar a dudas. Los secuestros, asaltos bancarios, bombas molotov estalladas en oficinas públicas son parte de planes preconcebidos y manejados con toda seguridad desde el exterior, adoctrinando, entrenando a nacionales con el deseo de apropiarse del país. Muchos de aquellos que intervienen han de ser de buena fe, con las mejores intenciones de cambiar las indudables injusticias sociales que tenemos como nación subdesarrollada, pero que quizá el camino elegido no sea el correcto, desde el momento en que asesina a personas tan inocentes como los campesinos muertos en estos acontecimientos de Culiacán. Enfrentemos la realidad. Lo que sucede no son travesuras de estudiantes, ni es culpa de los gobernantes que están alejados del pueblo. Estos hechos son planeados con mucho cuidado desde el extranjero. Admitámoslo (Como se citó en Sánchez Parra, 2012, p. 190).

Los activistas sólo contaron con dos maneras de comunicar sus ideas, por un lado, tenían la publicación *Caminemos* y, por otro, hojas sueltas que imprimían para las marchas o reuniones; además, claro, de las pintas (o grafitis) que realizaban por toda la ciudad.

La FEUS se involucró en la conformación de la LC23S, que aglutinó a varias agrupaciones estudiantiles del país y, el 15 de marzo de 1973, se concretó en la ciudad de Guadalajara la primera reunión a nivel nacional de esta naciente organización en la que asistieron jóvenes de distintos estados del país, como Nuevo León, Jalisco, Sonora, Sinaloa y del entonces Distrito Federal. Con ello, las estrategias políticas de los distintos grupos que se reunieron cambiaron, pasaron de tratar asuntos estudiantiles a una verdadera declaración de guerra contra el Estado mexicano para lograr instaurar un Estado proletario. Para lograr estos objetivos, se instituyeron brigadas con el fin de continuar el trabajo político, militar y de ajusticiamiento, así como para organizar los secuestros y asaltos que sirvieron de métodos para obtener recursos económicos y materiales (Gamiño y Toledo, 2011, pp. 26-28).

En septiembre de 1973, la LC23S organizó su segunda reunión nacional en el puerto de Mazatlán, en donde se continuó estructurando la organización y fortaleciendo las estrategias de tipo político-militar (Sánchez Parra, 2012, p. 320). Lo anterior se llevaría a cabo, a grandes rasgos, con una huelga económica que consistía en paralizar de manera parcial o total las empresas e industrias; la huelga política y combate de calle que consistía en la agitación, reuniones y mítines, entrega de propaganda y todo aquel hostigamiento más allá de lo laboral. Esto también debía realizarse en las zonas rurales para hacerse de tierras,

invadir ejidos y eliminar caciques, así como soldados (Gamiño y Toledo, 2011, pp. 28-29).

La LC23S se dividió en distintas regiones; Sinaloa, Sonora, Chihuahua y Durango comprendieron la zona que se denominó como «Cuadrilátero del oro», una de las más importantes para reclutar y operar, después del Distrito Federal y Guadalajara. Los *enfermos* fueron importantes para la organización sólo en cuanto a la movilización social, ya que en el plano intelectual y teórico no destacaban debido a que los principales documentos que redactó la Liga provenían de fuera, tal como lo señala uno de los actores de la disidencia:

Entre nosotros no hubo plumas fuertes, fuimos receptáculo de teorías, ideológicamente un cero a la izquierda. Teníamos un «prestigio combativo» ganado a pulso. Sin embargo, no hubo tiempo para la reflexión, tesis, [...] documentos solo nos sirvieron para justificar lo que hacíamos (Como se citó en Sánchez Parra, 2012, p. 322).

Las acciones de reclutamiento en Sinaloa comenzaron en las aulas, pasillos y espacios de la UAS, así como en las distintas casas de estudiantes; sin embargo, al sentir la vigilancia de las autoridades, los activistas transitaron a la clandestinidad, por lo que se trasladaron a casas de seguridad en las periferias, en el caso de Culiacán, a colonias como Margarita y Libertad. En estos lugares se realizaban funciones pedagógicas, políticas, entrenamientos y lecturas, muchas veces los activistas eran trasladados a otros lugares fuera de las ciudades para recibir adiestramiento en armas. Una vez que el grupo cobró fuerza, dejó los asuntos de la universidad y sus miembros salieron a las zonas urbanas populares y zonas rurales cercanas a la ciudad de Culiacán para convencer a los ciudadanos, jornaleros y campesinos de su visión, con volantes cuyo contenido alentaban a la organización, levantamiento y lucha contra las clases más favorecidas y del gobierno.

El movimiento comenzó a tornarse más agresivo a partir del mes de septiembre de 1973 y los *enfermos*, a nombre de la LC23S, realizaron distintas acciones, tanto en la ciudad de Culiacán, como en la zona agrícola del municipio. En la capital del estado se llevaron a cabo ataques a negocios y oficinas de gobierno. Para su incursión en el campo, secuestraron autobuses y realizaron un mitin en el ingenio Rosales, en donde se enfrentaron con agentes de la Policía Judicial del Estado y con la Policía Municipal. La prensa local comenzó a documentar estos incidentes:

[...] ayer aproximadamente a las 16:30 horas en el campo Victoria, ubicado en el valle de Culiacán, donde un grupo de vándalos tomó como rehenes a varias damas y niños para evitar ser detenidos por los agentes policiacos que acudieron a dicho lugar, atendiendo una denuncia en el sentido de que el mencionado grupo de jóvenes estaba causando daños en algunas instalaciones. Los agentes de la Policía Judicial y de la Municipal que acudieron al llamado fueron recibidos a balazos por los integrantes del grupo de pseudoestudiantes [...] (Como se citó en Sánchez Parra, 2012, p. 353).

El día 16 enero de 1974, se llevó a cabo uno de los actos más agresivos por parte de la LC23S en todo el país; el llamado “Asalto al cielo” fue el mayor intento de sublevación de una guerrilla urbana en México durante esa década y movilizó un gran número de activistas que intentaron tomar la ciudad de Culiacán. Parte de su estrategia fue ir a los campos agrícolas con el fin de distraer a las fuerzas de seguridad. Esta clase de movilización ya se había intentado llevar a cabo en la ciudad de Guasave en 1972, y también en las zonas rurales alrededor de Culiacán, pero no tuvieron la intención de tomar la ciudad como en esta ocasión (Cedillo, 2019, p. 152). El plan se llevó a cabo en una casa de seguridad en la colonia Libertad de dicha ciudad, y no sólo pretendía educar a las personas sobre la revolución, sino motivar el levantamiento popular, atacar oficinas de gobierno, expropiar dinero a los bancos, expropiar automóviles y camiones, detener las actividades de producción y organizar a los trabajadores. Las notas periodísticas de esos hechos intentaron documentar cronológicamente parte de esas acciones en la ciudad:

A las 11:00 un grupo de estudiantes armados con palos y piedras caminan por la calle Rosales de la UAS hacia el oriente, causando destrozos al comercio. 12:45: informa la guardia de policía de la Secretaría de Recursos Hidráulicos que un grupo aproximadamente de 20 estudiantes armados se robaron 7 rifles carabina, de manufactura belga y 600 cartuchos para estas armas. 13:00, se informó que quien encabezó el grupo de estudiantes que atacaron las obras de construcción del Infonavit, la Cervecería Cuauhtémoc y la Secretaría de Recursos Hidráulicos, es el ingeniero bioquímico Rigoberto Rodríguez Benítez (Como se citó en Sánchez Parra, 2012, p. 367).

A la par, las acciones en la zona agrícola se tornaron más violentas:

8:30: Un grupo de terroristas tiene otro enfrentamiento a balazos con las fuerzas de seguridad, en el campo Canelos. 8:40: se informa que en el campo El Chaparral, la policía de seguridad tiene un encuentro a balazos con estudiantes y solicita refuerzos [...] 9:15: un grupo de elementos de la policía judicial tuvo un encuentro a balazos con estudiantes en el campo agrícola Nogalitos, quedando como saldo un estudiante herido (posteriormente fue trasladado al poblado de Costa Rica, en donde falleció y de donde fue remitido en la patrulla número 27 al anfiteatro del Hospital Civil) [...] 9:55: estudiantes armados llegan al campo 44. En ese campo se suscita un encuentro a balazos entre la policía y los estudiantes referidos, quedando herido el agente número 18 de la Policía Municipal José Ruiz López, de un balazo en la clavícula derecha (Como se citó en Sánchez Parra, 2012, pp. 367-368).

El “Asalto al cielo” fue el inicio de las acciones armadas de la LC23S en Sinaloa. Al día siguiente de estos hechos hubo enfrentamientos en la entonces sindicatura de Navolato, y también se dio el caso de secuestro, tortura y asesinato de un policía judicial por parte de miembros de los *enfermos*. A pesar de que ese acto no reflejaba la línea político-militar ni los códigos morales del movimiento armado,

sirvió para que los medios describieran a los disidentes como un grupo de terroristas trastornados. Sin embargo, los jóvenes replicaron las técnicas que la propia Policía Judicial de Sinaloa había empleado antes contra los estudiantes detenidos durante manifestaciones o que formaban parte de las brigadas populares (Cedillo, 2019, pp. 154-155).

Los siguientes años, la LC23S continuó con el activismo de tipo propagandístico y de agitación al tiempo que llevó a cabo acciones armadas; sin embargo, hubo factores que comenzaron a permear en su organización. Cada vez fue más evidente la falta de recursos y estrategias que permitieran consolidar el movimiento. El Estado implementó todo un sistema para combatir la insurgencia por medio de la Dirección Federal de Seguridad y del Ejército Mexicano.

Las acciones del gobierno federal consistieron en la localización de los centros de reuniones y casas de seguridad de los activistas, así como en aprehensiones, interrogatorios y un método sistemático de desaparición de disidentes, tal como lo muestra Camilo Vicente Ovalle en *Tiempo suspendido. Una historia de la desaparición forzada en México, 1940-1980* (2019). En un inicio, las autoridades municipales, estatales y federales, realizaron acciones desarticuladas, pero poco a poco comenzaron a integrarse para llevar a cabo una política que pretendía reunir información del movimiento con el objetivo de comprender a qué se enfrentaban; por tanto, los activistas eran aprehendidos e interrogados para luego liberarlos. Después, en el transcurso del año de 1975, las autoridades cambiaron sus procedimientos y los miembros de la disidencia no sólo eran aprehendidos, sino que se les retenía en la ilegalidad para ser llevados a distintos centros de detenciones de su localidad o en cualquier parte del país sin que sus familiares supieran su destino, además se les torturaba con la finalidad de obtener información, se les retenía de manera prolongada o eran desaparecidos definitivamente (p. 119).

Entre 1974 y 1978, la LC23S sostuvo enfrentamientos con otros grupos estudiantiles que se opusieron a su ideología; continuó con asaltos, secuestros y «ajusticiamientos», los cuales consistían en atacar a policías o militares para hacerse de sus armas y vehículos. A medida que las autoridades debilitaron la lucha armada, la organización comenzó a realizar asaltos bancarios para financiarse. Debido a lo anterior, aunado a la nula participación del sector obrero y campesino, la LC23S fue prácticamente anulada en Sinaloa a inicios de 1978 (Sánchez Parra, 2012, pp. 471-473).

Testimonio ficcional y pesimismo en “Poesía con militante” y “El cadáver respira”

El apartado anterior permite conocer, de manera muy concisa, el contexto histórico de los cuentos en cuestión y algunos de los discursos que giran en torno a los estudiantes activistas en Sinaloa. El procedimiento que el Estado implementó de manera sistemática en una segunda fase para debilitar el activismo radical consistió en la tortura y desaparición forzada, pero también en infiltrarse en las distintas células que comprendían la organización, lo cual resultó en traiciones y una fractura interna que llevó a algunos miembros a cuestionar la pertinencia y el actuar de la disidencia a la que pertenecían.

Para iniciar este apartado sobre los cuentos “Poesía con militante” y “El cadáver respira”, se partirá de las reflexiones que Beatriz Sarlo realiza en torno a las teorías sobre el recuerdo “vicario”² y la “posmemoria”,³ de James Young y

² La pregunta de James Young es similar en este aspecto. En *At memory's edge; after-images of the holocaust in contemporary art and architecture* (2000), el autor plantea el interrogante de cómo recordar aquello que no se ha vivenciado directamente y de lo que sólo se tiene mediaciones narrativas, visuales u orales. Sugiere que en ese entramado de recuerdos las memorias de ‘lo vivido’ y de ‘lo narrado’ pueden devenir indiscernibles e intermitentes, asediadas por ciertos deslizamientos entre unas y otras. Young pareciera preguntarse qué de todo esto ha sido experimentado y qué transmitido, atendiendo a revitalizar el problema de la mediación elaborado por Hirsch a través de la distinción entre Recordar y recordar: esto es, diferenciando el recuerdo de la experiencia vivida, del recuerdo de las narraciones e imágenes ajenas. En este sentido, Young señala el carácter vicario de esta forma de la memoria.

En su caso, Young (2000) reactualiza los modos de la mediación a través de la “vicariedad” de la experiencia y de la apropiación singular de la generación posterior a los acontecimientos traumáticos. Para él, la transmisión se asume desde su condición de “hipermediada” a partir de una multiplicidad de artefactos, dispositivos y discursos que permiten —y permitirían— que un determinado acontecimiento histórico sea vivido como un fenómeno socio-cultural “hipermediado” por una gran parte de la sociedad.

³ El término posmemoria es desarrollado inicialmente por Marianne Hirsch en su libro *Family Frames: Photography, Narrative and Postmemory* (1997) y revisado en su artículo “The generation of postmemory” (2008). La autora utiliza este concepto para analizar las formas de la memoria que lleva adelante la “segunda generación” —la generación de los/as hijos/as de sobrevivientes— con relación al Holocausto. El foco de la posmemoria está puesto, entonces, en la relación entre la generación que experimentó los eventos traumáticos y aquella generación posterior que sólo puede recordar a su precedente a efectos de la transmisión de sus historias e imágenes en el marco de sus procesos de socialización en el seno familiar. Al ser compartidas tempranamente, estas formas de transmisión han adquirido un poder “tan profundo y afectivo” (2008, p. 106) que se han constituido como memorias indiscernibles entre las generaciones. Por tanto, Hirsch postula que “la conexión de la posmemoria con el pasado no está mediada por la rememoración sino por la inversión imaginativa, la proyección y la creación” (p. 107).

Marianne Hirsch, respectivamente (2006, pp. 125-142), sobre la cual propone la posibilidad de narrar sin haber tenido una experiencia directa con los hechos narrados, siempre y cuando tales hechos no excedan la propia vida del enunciante, es decir, que lo narrado haya sucedido a la par en algún momento de la vida del enunciante y que, además, la narración puede construirse con “fuentes secundarias” que no provengan de la experiencia de quien ejerce esa memoria, pero sí de la escucha de la voz —o la visión de las imágenes— de quienes están implicados en ella (Sarlo, 2006, pp. 127- 128). En este sentido, el autor puede recabar información y documentarse, ya sea por medio del testimonio o de otro tipo de fuentes, para, de alguna u otra manera, crear su propio discurso sobre los hechos narrados. Una vez entendido esto, podemos abrir el horizonte sobre estos cuentos y prestar atención al uso de la narración ficcional por medio un narrador testigo, es decir, de un testimonio ficcional para la reconstrucción del pasado con el objetivo de oponerse de manera privilegiada a otros discursos en los que el modo narrativo en primera persona ha sido desplazado.

Sin perder de vista que estos son textos ficcionales, la narración en primera persona y el uso del discurso indirecto libre en los cuentos “Poesía con militante” y “El cadáver respira” permite al lector una cierta fiabilidad de la voz narrativa con respecto a lo referido. En dichas narraciones se percibe una crítica sobre los participantes de estos movimientos y se cuestiona sus convicciones e ideología en el plano de la acción. De igual forma, se muestra la manera represiva en la que el Estado responde a la disidencia. Un ejemplo de ello lo encontramos en “Poesía con militante”, en donde el narrador da cuenta de su paso por uno de estos grupos y luego es encomendado a seguir a los militantes que lo traicionan, pero advierte que él también ha traicionado:

Entré al partido un día que no tenía nada que hacer un amigo me invitó y fui como quien va a una fiesta me dejé llevar por aquella forma de vida y todo me salía bien será porque no era autocrítico no me importaba no me hacía haikiri ni me satisfacían aquellos éxitos que yo más bien consideraba circunstanciales confeso sin embargo que me encantaba vigilar. [...] descubrí muchos traidores hasta que los tiempos cambiaron [...] todo nuestro trabajo se volvió rutinario y raro algo pasaba arriba el comité manejaba la información de una manera especial para mí fue fácil que se la pasaban a la tira y ellos ejecutaban ahora los traidores eran los buenos y estaba entregando a nuestros mejores cuadros [...] (Mendoza, 1987, pp. 9-11).

En este fragmento se establece que el narrador realmente no tiene una filiación ideológica con el “partido”; no está ahí por defender alguna causa y más bien su ingreso o los logros dentro del grupo han sido circunstanciales; además, la ausencia de autocrítica resalta la falta de conciencia independiente sobre su quehacer dentro de la organización. El narrador vigilaba debido a esos titubeos ideológicos, así como por saber que el Estado había permeado la estructura del grupo y ya no era posible confiar en nadie. Cuando el narrador es descubierto por uno de los altos mandos (el No. 2) de advertir al siguiente en la estructura (el

No. 3) que ha sido señalado y boletinado para ser entregado a la policía, se vuelve también blanco de la traición, pero es posible asumir que el narrador ha traicionado al movimiento previamente por no seguir las órdenes al pie de la letra. Esto último es indicio de un giro en el punto de vista del narrador sobre la célula disidente a la que pertenece, ya que ahora es capaz de tomar una elección de manera independiente. Este fragmento es un claro ejemplo de que se narra a partir de la decepción del narrador sobre lo que ocurría en el movimiento.

Otro rasgo técnico que se distingue en algunos de estos cuentos es el de la oralidad, mismo que se procura preservar en el testimonio y que la posmemoria no desdén. Uno de estos casos lo encontramos en “El cadáver respira”, narración que se acompaña de un epígrafe, el cual es un fragmento del testimonio de Tomás Borge, escritor y combatiente revolucionario nicaragüense que relató su sentir al enterarse de la muerte del comandante Carlos Fonseca, miembro fundador del Frente Sandinista de Liberación Nacional, lo cual ofrece algunas pistas de lectura de este cuento: “Carlos Fonseca, es de los / muertos que nunca mueren.” (p. 77). El narrador de este cuento se presenta en tercera persona y cuenta la persecución que sufren Oscar Rubén y Gerardo por parte de la policía, específicamente por el cuerpo de granaderos, grupo policiaco cuya función es la de disolver manifestaciones: “La regadera es feroz. Desprende la sangre coagulada a pedazos. Limpia. Sepulta. La cañería acepta todo. ¡Deténganse! Y Oscar Rubén hecho un gamo no se apartaba demasiado de Gerardo” (p. 78). En la huida, el primero es herido de bala en un brazo, mientras que el segundo pierde la vida tras recibir un disparo por la espalda.

El punto de vista del narrador sobre el asunto es pesimista y se muestra un desencanto y hartazgo con la situación que se vive, tanto al interior de los grupos disidentes, como por la persecución y violencia recibida por el Estado: “Qué forma tan pendeja de perder la vida. Odio la ficha que nos condujo ahí. Nos cogieron desarmados, como un par de vacas. Huérfanos, como quien dice. Chale, qué cabrón, siento bien gacho. Les dijimos no basta con huevos necesitamos fierro pero ¡iiiiiiiggssiii” (p. 81). El tiempo de la enunciación es un presente en el que Oscar, ya a salvo, se da un baño y la sangre, producto de la herida, corre hacia la coladera.

En la reconstrucción de los hechos, es decir, del tiempo enunciado, los jóvenes son perseguidos y baleados por los policías. Finalmente, se narra la manera en que se salva la vida de Oscar gracias a los niños, vecinos y comerciantes de la zona que salen a rodear a los policías. Esto último muestra que la sociedad no era ajena a estos sucesos y que, en este caso, cierto sector en específico sentía empatía por los jóvenes o, en todo caso, un profundo hartazgo por el gobierno. En un fragmento, el narrador interpela a un interlocutor: “Imposible filmar estas raudeces. O, ¿tú qué opinas Carlos? Digo imposible por la gran cantidad de cámaras testigo que han dejado la vida en los pajares” (p. 81). Lo anterior permite establecer un vínculo entre el narrador y lo narrado, mediante la analogía de la cámara como aparato que captura lo que se visualiza a cuadro y las personas que atestiguan los hechos ocurridos. Ante el riesgo de persecución y desaparición por

parte del Estado, lo más prudente para el testigo es el silencio; sin embargo, esto no impide buscar formas de denuncia a través de la ficción.

Otra característica técnica de este cuento es el uso del discurso directo, empleado para lograr un efecto de sentido más cercano al de la experiencia de los jóvenes. Según la crítica Doris Sommer (2002), la oralidad contribuye a la construcción de un ‘yo colectivo’ en el que lo narrado no sólo trasciende al individuo para apelar a la sociedad. Al ser un asunto de carácter público, “el testimonio se esfuerza en preservar o renovar una *retórica* interpersonal” (p. 159). Apelar al interlocutor utilizando un nombre propio hace un llamado a la escucha y al lector para que asuman alguno de los distintos roles de un sujeto, el cual, en este caso, podemos inferir que se trata de Carlos Fonseca, entendido como ese yo colectivo. No hay que perder de vista que este personaje de la historia nicaragüense murió en combate defendiendo sus ideales en contra del dictador Anastasio Somoza, por lo que los paratextos y estos fragmentos podrían interpretarse como el lado en que la balanza se inclina en el conflicto mexicano que se lleva a la ficción en estos cuentos. Ese lado es el de un gobierno, que no duda en cortar de tajo cualquier señal de insurrección política, a pesar de que la disidencia luche hasta el límite de lo posible. De igual manera, llama la atención que los testigos de la persecución son quienes finalmente asumen ese rol y primero se esconden, pero luego salen de sus casas con cualquier tipo de arma blanca que encuentren para salvar la vida del joven estudiante.

Si bien la voz en primera persona genera el efecto de sentido de confiabilidad, el lector queda a expensas de la información que provenga de esa mirada. No obstante, esta restricción es una característica constitutiva del testimonio, denominada límite cognitivo. En estos cuentos hay información vetada; no se revelan las razones por las cuales los activistas se venden a la policía ni cuál es el trato que el gobierno les ofreció para ello, o qué hacían antes de la persecución Oscar Rubén y Gerardo. Al respecto, Doris Sommer (2002) identifica una tensión entre el ocultamiento de datos y la satisfacción por conocer tal información. En esta construcción narrativa, ocultar cierta información funciona como una estrategia retórica que incita la curiosidad a través de la negación (p. 149). Lo anterior es debido a que si se le revelasen tales indeterminaciones al interlocutor o al lector implicaría un posicionamiento ético frente a lo narrado, y ello conduciría a tomar cierta postura con respecto al asunto en cuestión.

Un elemento distintivo en la mayoría de los cuentos de *Cuentos para militantes conversos*, y que constituye el principal gesto artístico de esta obra, es la concatenación de verso y prosa. Si bien se podría proponer que el autor seguía su proceso de experimentación formal mediante el flujo de conciencia de Joyce —asunto que se ha tratado previamente en un artículo sobre su novelística (Zapién, 2018, pp. 131-144)—, como se ha señalado en un apartado anterior, la intención de insertar versos en los relatos era la de no dejar espacios vacíos, por lo cual, en esta ocasión, la propuesta de lectura apunta a seguir los rasgos del testimonio y de la posmemoria.

En los cuentos presentados en este trabajo, los versos irrumpen de distintas maneras, a veces no trastocan la linealidad del relato en cuanto al tiempo-espacio de la enunciación, tal como ocurre en “Poesía con militante”:

ahí fue cuando me zafé el No. 2 me ordenó seguir al No. 3 y lo que hice fue avisarle que lo iban a apañar y que tal vez ya estuviera boletinado me miró incrédulo sin embargo sabía que no le mentía él me había llevado a la organización y me había impulsado el No. 2 se dió [sic] cuenta y me denunció comprendí lo que me esperaba así que

La mano izquierda

Puño, bañada por el acero rulio de las grandes
empresas guardada [sic] en el bolsillo. Traspiraba

El pelo

es el humo del fuego negro de su cara

la pared insondable que envuelve su destino. Digo

si estuviera el CHE allí. Pienso

en aquella canción de

Silvio Rodríguez cuyo nombre he olvidado [...]

Morir no es cualquier cosa

decidí poner en práctica

lo aprendido el No. 2 les había dado hasta mi domicilio por eso tenía que ganarles
la partida [...] (Mendoza, 1987, pp. 11-12).

Sin embargo, en “El cadáver respira”, tras cada irrupción lírica ocurre un cambio de focalización en el que el narrador utiliza el discurso directo para asumir las voces de otros personajes. Es preciso recordar que la memoria es fragmentaria; entre el acto de recordar y lo que se recuerda (lo almacenado en la memoria) existe un vacío que se llena por medio de ciertas “operaciones lingüísticas, discursivas, subjetivas y sociales del relato de la memoria” (Sommer, 2002, p.137). En otras palabras, la reconstrucción de una ausencia en el presente por medio de un relato conlleva ciertas decisiones narrativas deliberadas. De este modo, mientras se ejecutan tales operaciones, el arrebató lírico fluye y actúa como un asidero que amalgama los recuerdos de tal manera que cumple la función de una especie de cinta adhesiva, un nexo cohesivo, que permite articular y ordenar el resultado de traer al lenguaje los recuerdos.

Conclusiones

En cuanto a lo mencionado por Alicia Zendejas (1987) en su reseña sobre los personajes que habitan estos cuentos, es posible señalar que, a decir de Adriana Azucena Rodríguez, la transición de los personajes aristotélicos a los naturalistas “está ligada a una serie de cambios de la idea de imitación” (2022, p. 30). De tal manera, la postura de Zendejas sobre los personajes y el seguimiento de las acciones no será del todo efectiva puesto que, como señala Rodríguez, siguiendo la tipología de Estébanez Calderón en el que deslinda el personaje individual de los personajes estereotipo y tipo, “los personajes individuales son el resultado de una mayor preocupación por el individuo, propia, además, de la evolución cultural de sus autores dentro de una tradición de personajes cada vez más complejos” (p. 32).

Con respecto a la técnica narrativa empleada como medio para ejercer una crítica al movimiento armado, así como a la represión que el Estado ejerció sobre la disidencia, se puede concluir que tal como afirma Beatriz Sarlo (2006), la forma narrativa del testimonio fue empleada por muchos de los escritores latinoamericanos en las décadas de 1960 y 1970, y cobró mayor notoriedad en la década de 1980 “en función de necesidades presentes, intelectuales, afectivas, morales o políticas”, ya que “son versiones que se sostienen en la esfera pública porque parecen responder plenamente las preguntas sobre el pasado. Aseguran un sentido, y por eso pueden ofrecer consuelo o sostener acción” (p. 16). Estas ficciones breves responden sobre el actuar de los miembros del movimiento armado en Sinaloa durante la década de 1970 y la brutal respuesta de las autoridades.

Ahora bien, estos cuentos podrían suscribirse dentro de lo que Patricia Cabrera y Alba Teresa Estrada (2012) denominan como «memoria y admiración». Si bien las investigadoras centran su estudio en la novela, no descartan estas características en la narrativa breve. El principio de este concepto es que esta clase de textos ficcionales recuperan un pasado cercano que no está del todo inscrito en el discurso historiográfico, debido a que todavía sobreviven algunos de los actores de los hechos. En este caso, el autor de estas ficciones se presenta como un yo individual dentro de una memoria colectiva que objetiva el rescate de la memoria.

Al hacer esto, el autor selecciona los recuerdos que quiere recuperar y con ello manifiesta un sistema de valores. Así, la ideología se hace presente entre la ficción y la realidad referida. Retomando lo dicho por Elizabeth Jelin, Cabrera y Estrada (2012) enfatizan que esta clase de memoria surge en momentos de crisis. Al reinterpretarse, esta alude a los debates de la identidad de un grupo que afirma el sentido de pertenencia, lo cual es importante para los sectores oprimidos. Cabe señalar que las obras que las investigadoras colocan bajo el concepto de «memoria y admiración» se publicaron tras el fin de la década de 1970 (pp. 181-

182), lo cual coincide con el año de publicación de *Cuentos para militantes conversos*, que fue en 1987.

Es así como, a través de estos cuentos, se puede apreciar la convergencia entre el trasunto histórico y el discurso literario. A través de su técnica narrativa, el autor dota a la obra de un efecto de sentido testimonial, sin que los textos lo sean estrictamente, con el fin de ofrecer una postura crítica sobre la disidencia. Asimismo, se expone la complejidad en la toma de decisiones de algunos de los militantes que se enfrentan a un inevitable final debido a la represión del Estado volcada en su eliminación sistemática. Para los miembros de estos movimientos, la supervivencia suele implicar la ruptura de las normas organizativas. En este sentido, la forma narrativa testimonial acentúa la violencia institucional durante la segunda etapa de sus acciones, en donde las operaciones secretas fueron desplazadas por acciones contrainsurgentes ejecutadas con total impunidad y bajo la orden explícita de aniquilar a los miembros de la guerrilla.

Finalmente, los versos intercalados en la prosa materializan la propuesta estética que el autor declaró años antes de la publicación de *Cuentos para militantes conversos*. Su propósito de no dejar espacios vacíos en la narración se cumple al integrar la lírica como un elemento de cohesión que da continuidad al texto y, en última instancia, refuerzan el efecto de sentido testimonial de la obra.

Bibliografía

- Cabrera, P. y Estrada, A. (2012). *Con las armas de la ficción: El imaginario novelesco de la guerrilla en México* (Vol. I). UNAM-Centro de Investigación Interdisciplinaria en Ciencias y Humanidades.
- Cedillo, A. (2019). *Intersections Between the Dirty War and the War on Drugs in Northwestern Mexico (1969-1985)*. (Tesis de doctorado). University of Wisconsin-Madison.
- Cândido, A. (2007). *Literatura y sociedad: estudios de teoría e historia literaria*. Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos/ Universidad Nacional Autónoma de México.
- Fernández, R. (1995). *Para una teoría de la literatura hispanoamericana*. Publicaciones del Instituto Caro y Cuervo.
- Gamiño, R. y Toledo, M. (2011). Origen de la Liga Comunista 23 de Septiembre. *Espiral, Estudios sobre Estado y Sociedad*, XVIII(52), pp. 9-36.
- Grecco, G. (2018). El fascismo tropical: Literatura y ação integralista Brasileira. *Ayer*. 111(3). 253-282.
- Hirsch, M. (1997). *Family Frames: Photography, Narrative and Postmemory*. Cambridge (Mass.) Harvard University Press.

- Hirsch, M. (2008). The generation of postmemory. *Poetics today. International Journal for theory and analysis of Literature and Communication*. Duke University Press. 1(29), pp. 103-128.
- Mendoza, E. (1987). *Cuentos para militantes conversos*. Universidad Autónoma de Sinaloa.
- Pimentel, Luz A. (1998). *El relato en perspectiva. Estudio de teoría narrativa*. Siglo XXI-FFyL, UNAM.
- Rama, Á. (2008). *La novela en América Latina. Panoramas 1920-1980*. Ediciones Universidad Alberto Hurtado, pp. 321-392.
- Rodríguez, A. A. (2022). *Carácter/Carácter. El personaje literario*, Universidad Autónoma de la Ciudad de México.
- Sánchez Parra, S. A. (2012). *Estudiantes en Armas. Una historia política y cultural del movimiento estudiantil de los Enfermos (1972-1978)*, México: Universidad Autónoma de Sinaloa-Academia de Historia de Sinaloa, A.C.
- Sarlo, B. (2006). *Tiempo pasado: cultura de la memoria y giro subjetivo: una discusión*. Siglo XXI.
- Sommer, D. (2002). Sin secretos. En Beverly, J. y Achugar, H. (coords.), *La voz del otro: testimonio, subalternidad y verdad narrativa*. 2ª. Ed. Guatemala: Revista Abrapalabra-Universidad Rafael Landívar, pp. 147-166.
- Vicente Ovalle, C. (2019). *Tiempo Suspendido. Una historia de la desaparición forzada en México, 1940-1980*. Bonilla Artigas editores.
- Young, J. (2000). *At memory's edge; after-images of the holocaust in contemporary art and architecture*. Yale University Press.
- Zapién, E. (2018). *Asesinato en el parque Sinaloa*, la expansión de un universo ficcional y la profundidad en el personaje del Zurdo Mendieta. En Piña, M. (coord.), *Ándese paseando: violencia, humor y narcoficción en Élmer Mendoza*. Universidad Autónoma de Baja California Sur, pp. 131-145.

Hemerografía

- Cinco escritores crean nueva revista literaria (promocionan el "integralismo", fusión de la prosa y la poesía). (24 de abril de 1983). *Unomásuno*, p. 19.
- Zendejas, A. (9 de diciembre de 1987). Gran manejo de Elmer (*Cuentos para militares conversos*). Librarium, La Cultura al Día, *Excelsior*. p. 2.